



Trabajo y Sociedad

Sociología del trabajo- Estudios culturales- Narrativas sociológicas y literarias
Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas (Caicyt-Conicet)
N° 44, Vol. XXVI, Verano 2025, Santiago del Estero, Argentina
ISSN 1514-6871 - www.unse.edu.ar/trabajosociedad



La escritura como acto de conocimiento

Hernán CAMPOS *

Comparto algunas de las reflexiones que me suscitaron la lectura del libro *Escribir lo social. Entre los géneros académicos y sus fronteras*, compilado por Lucía Álvarez y Luciana Strauss, publicado IDAES-UNSAM, en cuya presentación tuve ocasión de intervenir en la 14 FERIA del Libro de Santiago del Estero acompañando a las autoras.



De izq. a der, Luciana Strauss, Lucía Álvarez, Hernán Campos y Carlos Zurita

El libro pone a la escritura como tema central de reflexión y debate para nuestras prácticas como investigadores, docentes, estudiantes de las ciencias sociales. Aquí la escritura va más allá de pensar en clave de alfabetización académica dentro de las aulas universitarias. ¿Por qué? Para las editoras y los autores del libro reseñado sostienen que el escribir es una práctica social que construye texto y con él, representación de lo que creemos que sucede en el mundo, para producir

* Dr. Ciencias Políticas, UNC. Investigador en UNSE-INDES-CONICET. Coordinador de la Carrera de Sociología de la UNSE. Correo: campos_hernan@hotmail.com - ORCID <https://orcid.org/0000-0002-0743-1204>

conocimiento o efectos de poder, para comunicar saberes e interpelar debates emergentes en la sociedad. En la introducción, Álvarez y Strauss recuerdan a Barthes con la idea de que el texto se relaciona a un tejido, a esa práctica artesanal y creativa que requiere paciencia.

La escritura al no pensarse sólo desde una alfabetización académica porque va más allá, entre géneros académicos y sus fronteras, se invita a pensar a la escritura como una práctica central en el proceso de investigación. Lejos de pensar como un simple procedimiento mecánico o de seguir determinadas “*reglas para la correcta redacción*”, la escritura es una práctica situada y creativa para representar con términos, categorías, conceptos y contextos descriptivos esos mundos sociales y también para sospechar y “*señalar*” [con palabras] la existencia de algo “*sin nombrar*”, de lo todavía no dicho o conceptualizado. La escritura es un ir y venir en el proceso de investigación; comenzamos a complejizar esas ideas, y lo que genera la escritura es colaborar a construir marcos sociales cognitivos y afectivos comunes. Necesarios para una sociedad que se desea democrática.

El libro afirma que sin escritura no hay ciencia. Porque la escritura no es el mero vehículo de resultados. La escritura atraviesa la lectura de otros escritos y escritores, la elaboración de preguntas teóricas en relación a un objeto de estudio, la definición de una estrategia metodológica, el trabajo de campo, la sistematización de información y la construcción de la argumentación. Pero también, con la escritura transformamos el propio pensamiento, a partir de la cual descubrimos y aprendemos a analizar e interrogar el mundo social. La escritura no debe renunciar a la belleza estética de la presentación de sus argumentos y a la construcción de argumentos legítimos para el campo académico y de la sociedad en general, en veracidad y convencimiento.

El libro “sale” [o entra a los lectores] como un emergente colectivo del taller de escritura y argumentación de las licenciaturas de sociología y antropología social y cultural de la Escuela Interdisciplinaria de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Hay que destacar al libro y al taller como estrategias pedagógicas rebeldes a los discursos que defienden unas ciencias sociales hiper especializadas, disciplinas atomizadas y tecnicismo “*al palo*”.

El volumen se compone de una introducción a cargo de las editoras Lucia Álvarez y Luciana Strauss, cinco capítulos y un epílogo. En el primer capítulo, escrito por Mastronardi y Vázquez, se presentan problemas históricos y epistemológicos de los géneros académicos: las formas hegemónicas de escribir en ciencias sociales son también producto de disputas y de luchas, muchas de ellas devenidas de un proceso histórico de separación entre géneros discursivos, donde las ciencias sociales necesitaban distinguirse de los discursos pertenecientes al dominio de las artes y las ciencias naturales. Así, fue imponiéndose un estilo estandarizado de escritura, con un tipo de enunciador en apariencia neutral que se vale de una serie de recursos retóricos para garantizar cierto efecto de objetividad, acorde con las reglas de legitimación propias del campo.

El segundo capítulo, perteneciente a Strauss y Vázquez, discute las potencialidades de los “*géneros fronterizos*” para las ciencias sociales. Construyen reflexiones y respuestas a una pregunta que anda dando vueltas: ¿Cómo hacer converger la mirada reflexiva propia de las ciencias sociales con la escritura narrativa de la literatura? Para ello ponen en valor la crónica y el ensayo para narrar mundos sociales y armonizar los buenos argumentos con la sugestión literaria. Las autoras destacan que la crónica y el ensayo tienen el potencial del punto de vista, de la explicitación de la posición del que escribe, de poseer una perspectiva.

El tercer capítulo de Micaela Cuesta, se ocupa de las especificidades y de los dilemas de la argumentación en ciencias sociales. La autora resalta que argumentar no es opinar, sino requiere lo que Pierre Bourdieu llama “reflexividad” o “vigilancia epistemológica”. La argumentación en la escritura potencia la reflexividad. Esto implica hacer explícito a) la objetivación de la posición social del sujeto investigador, para situarse en la escritura y poder construir un argumento sólido b) y objetivar la posición de los sujetos investigados o escritos. Un escrito para que tenga sentido debe tener tierra en los pies. Debe tener sujeto, porque el predicado acepto todo, el sujeto no. Por eso, el escrito debe ser fruto de un pensar situado, no descompuesto. Esto es fundamental para nosotros, como santiagueños y santiagueñas, para no descomponernos en el escrito ante las desigualdades que el federalismo argentino no pudo dirimir en la diada centro porteño y la periferia del interior. Desigualdades que es material, por supuesto, y también se expresa en el orden de las ciencias sociales.

El cuarto capítulo, escrito por Lucía Álvarez y Brenda Focás, explora las múltiples capas del vínculo entre escritura y trabajo de campo. Las autoras señalan que el deseo de una buena escritura narrativa se explica porque necesitamos que los lectores puedan experimentar vívidamente los universos sociales que se reconstruyen en las investigaciones. La escritura no se explica por cuestiones meramente estilísticas, sino por el valor cognitivo de la propia práctica de escribir.

En tanto que el quinto capítulo se interesa por los procesos de reescritura y edición como prácticas continuas y colectivas. Magalí Coppo e Iara Hadad ponen en valor el proceso de composición que subyace a la escritura, tejiendo el deseo sobre lo que queremos decir y la estrategia de la manera de hacerlo.

Finalmente, el epílogo, a cargo de Gabriel Vommario, reflexiona sobre las implicancias y los desafíos de las intervenciones contemporáneas de los cientistas sociales en el debate público, a través de la escritura en revistas y, especialmente, en redes sociales, sometidas a un régimen de urgencia.

El libro interpela al estado actual de nuestras escrituras en ciencias sociales, muchas veces atrapadas en procesos de estandarización. Los criterios que se imponen en el ámbito académico

muchas veces obturan la dimensión dialógica del conocimiento, poniendo en peligro la posibilidad de la comunicación con públicos más amplios y no especializados. Este libro de 138 páginas propone tensionar algunas lógicas binarias que atraviesan a las ciencias sociales, como las oposiciones entre ciencia y relato, razón e imaginación, seriedad y placer, contenido y forma. En este marco, las y los autores nos invitan a pensar posibilidades reales de cruces de registros, y toman a las fronteras entre géneros no únicamente en su carácter de separación, sino también como sitios de mezclas.

El libro tiene, también, una dimensión política. La escritura y la argumentación requieren una apuesta dialógica y conflictiva, que amplíe horizontes democráticos sustanciales. La argumentación es conflictiva, es abierta, y por eso es política. Aprender y poner en práctica la argumentación tiene, especialmente hoy, un valor político necesario. Al frente y en contra de las ciencias sociales se visualiza la negación de la argumentación, la negación de la diferencia.

Otro de los temas que dan vueltas en el libro es en relación a la utilidad social de los escritos en ciencias sociales. Los escritos y la producción intelectual de los científicos sociales se insertan dentro de un campo académico. Eso es bastante obvio pero necesario destacar. Ese escrito producido dentro la academia tiene otros recorridos sociales, donde disputa sentidos de visión y apuestas que se desplaza en otros espacios sociales o campos y servirá, por ejemplo, para legitimar luchas o demandas democráticas. Esto deja sin lugar a las posturas más pesimistas, endogámicas y alienantes sobre los escritos en ciencias sociales.

Para concluir, menciono una experiencia personal y una frase del sociólogo Homero Saltalamacchia, maestro y director de mi beca doctoral. Me encontraba frustrado en el avance con la escritura de un artículo científico, sin poder encontrar soluciones en su argumentación. Para darme aliento o marcarme el camino, me dijo algo que todavía resuena en mí: “para escribir en Ciencias Sociales hay que vivir”.